

La invasión desde Marte*

Hadley Cantril

Hadley Cantril nació en el año 1906. Profesor de la Universidad de Princeton y, desde 1940, director del Instituto de Investigaciones de la Opinión Pública de la misma.

* El presente artículo es una reproducción condensada del informe de H. Cantril, H. Gaudet y H. Herzog, *The Invasion from Mars*, Princeton University Press, Princeton, 1940. Versión castellana: *La invasión desde Marte*, Revista de Occidente, S.A., Madrid, 1942.

En la noche del 30 de octubre de 1938, millares de norteamericanos quedaron aterrorizados por una emisión de radio que describía una invasión de marcianos que amenazaba a toda nuestra civilización. Es probable que en ninguna otra ocasión anterior tantas personas pertenecientes a todos los estamentos y en tantos lugares del país experimentaran un trastorno tan repetino e intenso como el de aquella noche.

Estos extraños acontecimientos ofrecen oportunidades al sociólogo para su estudio sobre la conducta de las masas, y deben ser aprovechados apenas ocurran. Aunque, por desgracia, no es frecuente que el sociólogo pueda pronosticar tales situaciones y tener a punto su utillaje investigador para analizar el fenómeno mientras éste tiene lugar, puede iniciar su labor antes de que terminen los efectos de la crisis y se nublen los recuerdos. La situación creada por la emisión de radio fue una de las que nos muestran cómo reacciona el hombre corriente en momentos de tensión, y nos da, sobre su inteligencia, sus ansiedades y sus necesidades, informaciones que nunca podríamos conseguir por medio de tests o de estudios estrictamente experimentales. La situación de pánico que hemos investigado ofrecía todo el sabor de la vida cotidiana y, al propio tiempo, facilitaba una condición semiexperimental para la investigación. A pesar de las condiciones especiales que suscitaron este caso concreto de pánico, el autor ha tratado de indicar en su estudio las pautas de las circunstancias que, desde un punto de vista psicológico, podrían hacer de éste un caso prototipo de cualquier situación de pánico.

El hecho de que aquella situación fuese creada como resultado de una emisión radiofónica no puede entenderse hoy como una mera circunstancia. La importancia que ha

alcanzado la radio en los actuales asuntos nacionales e internacionales es suficientemente conocida como para que lo reseñemos aquí. Por su misma naturaleza, la radio es el medio por excelencia para informar a todos los sectores de una población acerca de los sucesos en curso, para suscitar en ellos una sensación común de temor o de alegría, y para provocar en ellos reacciones similares y dirigidas hacia un solo objetivo.

Por tratarse de un fenómeno social tan complejo, fueron utilizados varios métodos para extraer diferentes respuestas y comparar los resultados obtenidos por un método con los conseguidos a partir de otro. Gran parte de nuestra información procedió de los interrogatorios detallados de 135 personas. Más de un centenar de ellas fueron seleccionadas precisamente porque se tenía constancia de que la emisión las había trastornado.

Mucho antes de terminar el programa, en todo Estados Unidos había personas rezando, llorando y huyendo frenéticamente para no encontrar la muerte a manos de los marcianos. Algunos corrieron en busca de seres queridos. Otros telefonearon para despedirse o alertar a los amigos, corrieron a informar a sus vecinos, buscaron información en las redacciones de los periódicos y las emisoras de radio, o avisaron a las ambulancias y a los coches patrulla de la policía. Por lo menos seis millones de personas oyeron la emisión, y al menos un millón de ellas se asustaron o inquietaron.

Semanas después de la emisión del programa, los periódicos publicaban todavía historias de interés humano en las que se relataban los sustos y temores de los habitantes de diversas localidades. Hombres y mujeres de todo el país describían sus sentimientos y reacciones de aquella noche aciaga. Nuestros encuestadores y corresponsales, por sí solos, reunieron centenares de relatos, y algunos de ellos, elegidos prácticamente al azar, nos permitirán un atisbo de aquella excitación. Dejemos que la gente hable por sí misma.

«Supe que se trataba de algo terrible y me asusté —dijo la señora Ferguson, ama de casa del norte de New

Jersey, al contestar al encuestador—. Pero no sabía exactamente lo que era. No podía hacerme a la idea de que fuese el fin del mundo. Siempre he oído que cuando termine el mundo, ello ocurrirá con tanta rapidez que nadie se enterará... Por lo tanto, ¿por qué iba Dios a ponerse en contacto con aquel locutor? Cuando nos dijeron qué carretera había que tomar y que nos marchásemos a las montañas, y los niños empezaron a llorar, la familia decidió marcharse. Tomamos mantas y mi nieta quería llevarse el gato y el canario. Estábamos delante del garaje cuando vino el chico del vecino y nos dijo que era una obra de teatro.»

Desde un pueblo del Midwest llegó el informe de Joseph Hendley. «Con ese susto de Todos los Santos, nuestra familia se arrodilló antes de que el programa llegara a la mitad. ¡Dios sabe cómo le rezamos ese domingo! Para nosotros, fue una lección en más de un aspecto. Mi madre salió por la noche y buscó en el firmamento la estrella de Marte. A papá, más escéptico, le costó convencerse, pero también él acabó por creerlo. Mi hermano Joe, como de costumbre, estaba más excitado de lo que quería aparentar. Mi hermano George no estaba en casa. Tía Grace, buena católica, empezó a rezar con tío Henry. A Lily le dolía el estómago. Yo no sé lo que hice, exactamente, pero recuerdo que recé con más fervor y sinceridad que nunca. Una vez nos convencimos de que todo aquello era real, ¡cuán hermosas nos parecieron todas las cosas de la tierra! ¡Qué pronto pusimos nuestra confianza en Dios!»

Archie Burbank, empleado de una gasolinera en Newark, describió sus reacciones: «Mi novia y yo nos dedicamos un rato a dar vueltas en el coche. Después seguimos a un amigo. Entramos todos en una tienda de comestibles y preguntamos al dueño si podíamos bajar a su sótano. «¿Qué ocurre? —dijo él—. ¿Es que pretenden arruinar mi negocio?» Y nos echó a cajas destempladas. Se había reunido un gentío. Corrimos a una casa de apartamentos y pedimos a un inquilino que nos dejase entrar en su sótano. «¡Yo no tengo ningún sótano! ¡Largo de aquí!» —gritó. Entonces empezaron a salir personas de los apartamentos,

todas en paños menores. Nos metimos en el coche y escuchamos otro rato. De pronto, el locutor fue gaseado y la emisora enmudeció, de modo que buscamos otra emisora pero no encontramos nada. Después fuimos a una gasolinera y llenamos el depósito, dispuestos a ir tan lejos como fuese posible. El hombre de la gasolinera no sabía nada al respecto. Entonces, un amigo decidió llamar por teléfono al *Newark Evening News*. Se enteró de que era un guión radiofónico. Escuchamos el resto de la obra y después nos fuimos a bailar.»

La señora Joslin, que vive en un sector pobre de una gran ciudad del Este y cuyo marido trabaja de día, explicó: «Estaba terriblemente asustada. Quería hacer mis maletas y tomar a mi pequeño en brazos, reunir a mis amigos, meternos en el coche e irnos tan al norte como pudiésemos. Pero sólo pude pegarme a una ventana, rezando, escuchando y paralizada por el terror, mientras mi marido, junto a otra, atisbaba para ver si la gente corría. Entonces, cuando el locutor dijo lo de evacuar la ciudad, eché a correr, llamé a la dueña de la casa y, con mi pequeño, empecé a bajar precipitadamente por la escalera, sin perder tiempo para coger mi sombrero ni nada. Cuando llegué al pie de la escalera, me fue imposible salir. No sé por qué. Entre tanto, mi marido buscaba otras emisoras y comprobó que estaban funcionando. No olía gas alguno ni veía correr a la gente, de modo que me llamó para que volviera a subir y me dijo que sólo era una representación teatral. Yo me senté, aunque dispuesta para marcharme en cualquier momento, hasta que oí a Orson Welles decir: "Amigos, espero que no les hayamos alarmado. ¡Sólo se trata de un guión radiofónico!" ¡Entonces sí que me quedé bien sentada!»

Si hemos de explicar la reacción, entonces debemos contestar a dos preguntas básicas: ¿Por qué esta emisión radiofónica asustó a ciertas personas, en tanto que otras de carácter igualmente fantástico no lo consiguen? ¿Y por qué esta emisión asustó a unas personas, pero no a otras? Hay que buscar una respuesta a la primera pregunta en las características de este programa particular, que suscitó falsas pautas de enjuiciamiento en tantos radioyentes.

Nadie que lea el guión puede negar que la emisión fue tan realista en sus primeros minutos que resultó casi creíble incluso para oyentes relativamente cultos y bien informados. No es posible pasar por alto la excelencia dramática de la representación, y este realismo inusual de la misma puede ser atribuido al hecho de que la primerísima parte del guión encajó con los patrones de juicio existentes entre los radioyentes.

Una gran proporción de éstos, en particular los pertenecientes a los sectores de ingresos y educación más bajos, habían llegado a confiar más en la radio que en los periódicos en lo referente a las noticias. Casi todos los oyentes que se asustaron y que fueron encuestados mencionaron que tenían puesta la radio y su convencimiento de que dicho medio había de ser utilizado en ocasiones de tanta importancia. Algunos de sus comentarios indican sus actitudes:

«¡Tenemos tanta fe en la radio! En un momento de crisis, ha de llegar a todos. Para eso es la radio.»

«El locutor no dijo que no fuese verdad. Siempre lo dicen cuando se trata de una obra teatral.»

Como en tantas situaciones en las que acontecimientos e ideas son tan complicados o están tan lejanos de nuestra experiencia cotidiana inmediata que sólo el experto puede entenderlos realmente, también aquí el profano se vio obligado a confiar en el experto para su interpretación.

En este caso, el «experto» era, lógicamente, el astrónomo. Los mencionados (todos ellos ficticios) fueron el profesor Farrell, del Observatorio de Mount Jennings en Chicago; el profesor Pierson, del Observatorio de Princeton; el profesor Morse, de la MacMillan University en Toronto; el profesor Indellkoffer, de la Sociedad Astronómica de California, y «astrónomos y organismos científicos» en Inglaterra, Francia y Alemania. El profesor Richard Pierson (Orson Welles) era el personaje principal del drama.

Cuando la situación exigió una defensa y una acción social organizada, de nuevo hizo su aparición el experto.

El general Montgomery Smith, comandante de la milicia estatal en Trenton; Harry McDonald, vicepresidente de la Cruz Roja; el capitán Lansing, del Cuerpo de Señales, y por último el secretario del Interior describieron la situación, dieron órdenes para la evacuación y el ataque, o apremiaron para que todo hombre cumpliera con su deber.

Esta técnica dramática surtió su efecto.

«Di crédito al guión apenas oí al profesor de Princeton y a los personajes oficiales de Washington.»

Supe que era una situación terriblemente peligrosa desde el momento en que se encontraban allí todos aquellos militares y hablaba el secretario de Estado.»

La naturaleza realista de la emisión fue realzada además por descripciones de hechos concretos que los oyentes podían imaginar fácilmente. Fueron utilizadas sin inhibiciones las expresiones coloquiales que cabría esperar en semejante ocasión. El gas era «una especie de cosa amarillo verdosa»; el agente de policía advirtió: «Échese a un lado, ¿quiere? ¡Atrás, digo!»; una voz grita: «¡Ese maldito trasto se destornilla!» Un ejemplo de precisión en la exposición de los detalles es la proclama del general de brigada Montgomery Smith: «El gobernador de Nueva Jersey me ha pedido que ponga en estado de guerra los distritos de Mercer y Middlesex, hasta Princeton al oeste y hasta Jamesburg al este. A nadie se le permitirá el acceso a esta zona, salvo si es portador de un pase especial expedido por las autoridades gubernamentales o militares. Cuatro compañías de la milicia del estado se dirigen a Grovers Mill desde Trenton, y ayudarán a evacuar los hogares situados en el radio de las operaciones militares».

Los acontecimientos explicados iban desde lo relativamente creíble hasta lo totalmente increíble. Las primeras noticias fueron más o menos verosímiles, aunque, desde luego, inusuales. Hay primero unos «trastornos atmosféricos», y después «explosiones de gas incandescente». Un científico informa seguidamente que su sísmógrafo ha registrado un impacto de intensidad propia de un terremoto. A esto sigue el descubrimiento de un me-

teorito que, en su caída, ha hecho astillas los árboles más cercanos. Hasta aquí, todo es pasable.

Pero al hacer su aparición las partes menos creíbles de la historia, el inteligente dramaturgo indica que también él tiene dificultad en creer lo que está viendo. Cuando nos enteramos de que el objeto no es un meteorito, sino un envoltorio metálico, se nos dice también que todo el cuadro es «una escena extraña», propia de unas modernas «Mil y Una Noches», que es «fantástico», y que «ni los más osados se aventuran a aproximarse». Antes de que se nos informe de que el extremo del cilindro metálico empieza a destornillarse, experimentamos el asombro del propio locutor: «Señoras y señores, ¡esto es tremendo!». Y cuando la tapadera ha caído, dice: Es la cosa más aterradora que jamás haya presenciado... Es la más extraordinaria de las experiencias. No logro encontrar palabras...

El horror del oyente es compartido por el testigo ocular. Cuando el propio científico se siente perplejo, el profano reconoce la inteligencia extraordinaria de las extrañas criaturas. No es posible dar explicación alguna acerca del suceso. La resignación y la desesperanza del secretario del Interior, al aconsejarnos «depositar nuestra fe en Dios», no aportan una directriz efectiva de cara a la acción.

A pesar del realismo de la obra, parecería más que improbable que ningún radioyente la tomase en serio de haber oído los anuncios que se hicieron con toda claridad al comenzar la hora de la emisión. Pudo haberse sentido excitado, incluso asustado, pero había de ser una excitación basada en el dramático realismo del programa. No podía haber la sensación intensa de una implicación personal. Sabría que los acontecimientos estaban sucediendo «allí», en el estudio; y no «aquí», en su propio estado o en su distrito. En un caso, el oyente utilizaría una norma o estándar de juicio «correcto» (estéticamente aislado o teatral) para interpretar los hechos, y en otro caso emplearía un falso estándar de juicio (realista o noticioso). Sintonizar tardíamente fue una condición muy esencial para suscitar esta falsa norma de juicio, aunque, desde luego, también

lucieron muchas las personas que reconocieron en la emisión un guión radiofónico a pesar de sintonizarlo ya comenzado. Es importante plantear y contestar la pregunta de cómo alguien que sintonizara la emisión desde su comienzo pudo haber confundido la representación, claramente ahunciada, con un noticiario. Los análisis de estos casos revelan dos razones principales para que surgiera semejante mala interpretación. En primer lugar, muchas personas que sintonizaron para oír una obra del Mercury Theatre creyeron que el programa normal había sido interrumpido para dar boletines especiales de noticias. La técnica no era nueva después de la experiencia con los informes por radio acerca de la amenaza de guerra en septiembre de 1938. La otra razón principal para la confusión es el hábito muy extendido de no prestar atención a los primeros avisos de un programa. Muchas personas no escuchan atentamente sus radios hasta advertir que lo que se está retransmitiendo es algo de su particular interés.

Sintonizar tardíamente fue muy decisivo en cuanto a determinar si el oyente seguiría o no el programa como representación teatral o como noticiario, ya que la historia de la invasión marciana fue tan realista que se prestaba a crear el malentendido sin ninguna señal de advertencia.

Pese a que muchas personas sintonizaron tarde aquel guión tan realista, no todas ellas, ni mucho menos, creyeron que se trataba de noticias. Y no todos aquellos que pensaron que la invasión se les echaba encima se comportaron igual ante el peligro. Antes de que podamos comprender las razones para tan variable conducta, las reacciones deben ser distribuidas en varias agrupaciones significativas. De lo contrario no es posible una concepción fructífera.

Clasificación de los oyentes

1. Los que comprobaron la naturaleza interna de la emisión

Se clasifica en esta categoría a las personas que no se asustaron a lo largo de toda la emisión porque pudieron discernir que el programa era ficticio. Algunas comprendieron que las informaciones habían de ser falsas por su gran semejanza con cierta literatura de ficción a la que estaban acostumbradas.

«Al principio, me interesó mucho la caída del meteoro. No es muy frecuente encontrar uno de los grandes apenas acaba de caer. Pero cuando empezó a destornillarse y salieron monstruos de él, me dije: "Han tomado una de esas historias fantásticas y la están representando." Y es que no podía ser real. Era como algunos de los relatos que leo en *Amazing Stories*, pero todavía más emocionante.»

2. Los que compararon la emisión con otras informaciones y advirtieron que se trataba de un guiñon radiofónico

Estos oyentes trataron de orientarse por la misma razón de los del primer grupo: sospecharon de las «noticias» que estaban recibiendo. Algunos pensaron, sencillamente, que la información era demasiado fantástica para ser creída, otros detectaron la increíble rapidez de los acontecimientos, y unos pocos se cercioraron de la autenticidad del programa porque ésta parecía ser la medida más razonable. El método que utilizaron para comprobar sus sospechas consistió en comparar las noticias del programa con otras informaciones.

«Sintonicé y oí que había caído un meteoro. Luego, cuando hablaron de monstruos, comprendí que algo fallaba. Por tanto, miré en el periódico qué programa estaban dando y descubrí que sólo se trataba de una obra de teatro.»

3. Los que trataron de comprobar el programa comparándolo con otras informaciones, pero que, por diversas razones, siguieron creyendo que la emisión era un auténtico boletín de noticias

Dos diferencias características separaron a las personas de este grupo de aquellas que lograron respuestas aclaratorias. En primer lugar, era difícil determinar, a partir de las encuestas, las razones del intento de verificación. No parecía que hubieran buscado pruebas para contrastar la autenticidad de los informes; más bien parecían gentes atemorizadas en busca de averiguar si ya corrían, o todavía no, algún peligro personal. En segundo lugar, sus métodos de comprobación fueron singularmente ineficaces y nada fiables. El método más frecuente, empleado por casi dos tercios de este grupo, consistió en mirar por la ventana o salir a la calle. Varios de ellos telefonaron a sus amigos o corrieron a preguntar a sus vecinos.

Las comprobaciones efectuadas por estas personas fueron ineficaces por varias razones. Para algunas de ellas, la nueva información obtenida no hizo sino corroborar la interpretación proporcionada ya por su patrón de juicio fijado.

«Miré por la ventana y todo parecía estar como siempre, de modo que pensé que aún no había llegado a nuestro barrio.»

«Miramos por la ventana y Wyoming Avenue estaba negra de coches. Pensé que la gente estaba huyendo.»

«No pasaban coches por mi calle. "El tráfico está embotellado debido a la destrucción de carreteras", pensé.»

4. Los que no intentaron comprobar la emisión radiofónica ni el suceso

En general, es más difícil descubrir por qué una persona no hizo algo que por qué lo hizo. En consecuencia, nos es más difícil explicar por qué la gente de este grupo

no intentó verificar las noticias o buscar señales de los marcianos en su vecindad, que determinar por qué aquellos que intentaron infructuosas averiguaciones adoptaron esta inútil actitud. Más de la mitad de las personas de este grupo se asustaron tanto que o bien dejaron de escuchar y echaron a correr frenéticamente, o bien asumieron una conducta a la que sólo cabe tildar de parálisis.

Algunas explicaron que estaban tan aterrorizadas que en ningún momento se les ocurrió hacer indagaciones.

«Estábamos tan absortos escuchando que ni se nos ocurrió probar otras estaciones... *estábamos tan asustados...*»

¿Por qué el pánico?

Diversas influencias y circunstancias condicionaron la situación de pánico resultante de esta particular emisión radiofónica. No hemos hallado variables individuales relacionadas consistentemente con tal reacción, pero en una gran proporción de la población una carencia de capacidad crítica parecía particularmente conducente al miedo. Las características de la personalidad conforían a algunos individuos una especial inclinación a la credulidad y al miedo. La influencia de otras personas en el entorno inmediato fue causa de que algunos oyentes reaccionaran inadecuadamente. Si queremos comprender la situación en su conjunto y sin recurrir exclusivamente a la interpretación de casos individuales y aislados, debemos exponer las pautas psicológicas reveladas por estas y otras influencias.

¿Por qué la gente se dejó o no se dejó sugestionar?

El problema consiste en determinar por qué ciertas personas son sugestionables, o bien, para plantearlo de

otro modo, por qué ciertas personas carecen de capacidad crítica.

Podemos mencionar hasta cuatro condiciones psicológicas que crean en un individuo el particular estado mental que conocemos como sugestionabilidad. Todas ellas pueden ser descritas en función del concepto de estándar de juicio.

1) En primer lugar, los individuos pueden referir un determinado estímulo a una o varias pautas de juicio que ellos consideren relevantes para la interpretación. El estímulo interviene entonces en un contexto mental que se acepta como perfectamente consistente y sin contradicción. Una persona con pautas de juicio que le permitan «situar» o «dar sentido a» un estímulo de un modo casi automático, no encuentra nada de incongruente en esta aceptación. Sus pautas le han llevado a «esperar» la posibilidad de tal ocurrencia.

Hemos averiguado que muchas de las personas que ni siquiera trataron de verificar la emisión tenían unas actitudes mentales preexistentes por las que el estímulo les resultaba tan comprensible que inmediatamente lo aceptaban como cierto. Personas muy religiosas que creían en el gobierno de Dios sobre los destinos del hombre estaban provistas ya de una pauta particular de juicio que hacía de una invasión de nuestro planeta y una destrucción de sus habitantes un mero caso de «fuerza mayor». Muy en particular si el marco religioso de referencia era de la variedad escatológica que confiere al individuo actitudes o creencias definidas referentes al fin del mundo. Hallamos otras personas tan influenciadas por la reciente amenaza de guerra que creían en un ataque inminente de potencia extranjera y en la probabilidad de una invasión, ya fuese ésta obra de los japoneses, de Hitler o de los marcianos. Ciertas personas habían elaborado nociones tan fantásticas sobre las posibilidades de la ciencia que fácilmente pudieron creer que los poderes extraños supercientíficos se estaban abatiendo sobre ellas, acaso tan sólo con fines experimentales.

Cualquiera que sea la causa que originara pautas de

- How is it made?

juicio que facilitasen una rápida aceptación del suceso, persiste el hecho de que muchas personas poseían ya un contexto en el cual situaron inmediatamente el estímulo. Ninguna otra pauta de juicio era lo suficientemente relevante como para engendrar incredulidad. Descubrimos que esto era particularmente cierto en personas que carecían de oportunidades o de capacidad para adquirir información y educación; estas limitaciones les habían impedido incorporar unas pautas de juicio capaces de hacerles interpretar la emisión como una representación radiada. Las personas de educación más elevada —pudimos constatar— fueron más capaces de relacionar un acontecimiento dado con una pauta de juicio que a ellos les *constaba* como referencia *apropiada*. En tales casos, la *propia* inteligencia fue utilizada como pauta de juicio para descartar la información recibida en la emisión. Estos oyentes tenían, pues, capacidad para recurrir a pautas relevantes de juicio en las que confiar con fines de constatación y, por tanto, no necesitaban orientaciones adicionales.

Existe una segunda condición de sugestionabilidad cuando un individuo no está seguro de la interpretación que debe dar a un estímulo determinado y cuando carece de las pautas de juicio adecuadas para proceder a una verificación fiable de su interpretación. En semejante situación, el individuo trata de constatar su información, pero falla por una de estas tres razones. 1) Puede contrastar su información original con datos no fiables que, a su vez, pueden verse afectados por la misma situación que él está verificando. Observemos que personas que, sin éxito, intentaron verificar los hechos tendieron a hacerlo mediante información obtenida de amigos o vecinos también afectados por los acontecimientos. Evidentemente, tales personas eran propensas, a su vez, a dejarse invadir por dudas y titubeos que sólo podían confirmar anteriores sospechas. 2) Una persona puede racionalizar su información verificadora de acuerdo con la hipótesis original que esté verificando y que, según cree, sólo ha aceptado a título de tentativa. Muchos oventes realizaron apresuradas com-

probaciones, de pensamiento o de obra, pero la falsa pauta de juicio que ya habían aceptado había penetrado en ellos hasta el punto de que tales comprobaciones fueron racionalizadas como pruebas confirmatorias. Por ejemplo, una mujer dijo que el cuerpo abrasado del locutor había sido hallado con excesiva rapidez, pero «pensó que el locutor estaba excitado y había cometido un error». Un hombre advirtió esta increíble celeridad, pero pensó que «estaban emitiendo otras informaciones». Otros buscaron diferentes emisoras, pero supusieron que éstas trataban deliberadamente de calmar a la gente. Una mujer miró desde su ventana y vio una extraña luz verdosa, a la que supuso obra de los marcianos. 3) En contraste con los que dan crédito a prácticamente toda verificación que efectúan, hay las personas que tratan por todos los medios de confirmar su información pero no disponen de unos elementos de juicio suficientemente sólidos para determinar si sus nuevas fuentes de información son o no fiables.

Se da una tercera, y tal vez más general, condición de sugestionabilidad cuando un individuo se ve enfrentado a un estímulo que debe interpretar o que le agradaría interpretar y cuando se da cuenta de que *ninguna* de las pautas de juicio de que dispone es adecuada para esta tarea. En tales ocasiones, el contexto mental del individuo carece de estructura adecuada, el estímulo no encaja en ninguna de las categorías por él establecidas, y entonces busca una pauta que pueda serle útil. Cuanto menos estructurado su contexto mental, menos significados podrá evocar, menos capaz será de comprender la relación entre él y el estímulo, y mayor será su ansiedad. Y más desesperada será su necesidad de interpretación cuanto más dispuesto esté él a aceptar la primera interpretación a la que haya llegado. Existían muchas condiciones para crear en los individuos que escucharon la invasión desde Marte un caótico universo mental carente de pautas estables de juicio mediante las cuales pudiera ser evaluado el extraño suceso objeto de la información. Una carencia de información y de adiestramiento educacional formal había dejado

a muchas personas sin ninguna pauta de juicio generalizado aplicable a esa nueva situación. E incluso en el caso de poseer algunas de estas pautas, eran vagas y harto precarias, puesto que en el pasado no se habían revelado suficientes para interpretar otros fenómenos. Esto es lo que les ocurrió, en especial, a aquellas personas más adversamente afectadas por las circunstancias de sus tiempos.

La prolongada inquietud económica y la consiguiente inseguridad experimentada por muchos de los oyentes fue otra causa de zozobra. La depresión había durado ya unos diez años y todavía había muchas personas sin trabajo. ¿Por qué nadie hacía nada al respecto? ¿Por qué no encontraban los expertos una solución? ¿Y dónde radicaba la causa de todo ello? Una vez más, nadie podía decir qué iba a ocurrir, y una misteriosa invasión encajaba con la secuencia de misteriosos acontecimientos de la década. La carencia de un marco de referencia relativamente estable en los aspectos económico o político había creado en muchas personas un desequilibrio psicológico que las movió a buscar una pauta de juicio para este acontecimiento. Se trataba de otro fenómeno del mundo exterior, más allá de su control y de su comprensión. Otras personas con cierta seguridad económica o alguna posición social se preguntaban cuánto iba a durar todo aquello dado «el desbarajuste actual». También estas personas buscaron una interpretación razonable, capaz por lo menos de dar significado a aquel nuevo acontecimiento. La amenaza de guerra había dejado a muchas personas en un estado de total aturdimiento, ignorantes de la naturaleza del trastorno y de por qué éste había de afectar a Estados Unidos. También distaban de ser comprendidos los complejos antagonismos ideológicos, de clase y nacionales responsables de las crisis, y la situación era grave, alarmantemente confusa. Nadie era capaz de prever lo que iba a ocurrir, y la invasión marciana fue un suceso más comunicado a través de la radio, un acontecimiento todavía más peligroso en el aspecto personal y no más enigmático que otros. No se disponía de pautas para juzgar su significado, pero había

apremiante necesidad de juicio y este fue aportado por locutores, científicos y autoridades.

Por otra parte, observamos que personas con un nivel de educación más alto habían adquirido unas pautas de juicio más generalizadas en las que apoyar sus creencias. El resultado fue que muchos de ellos «supieron» que las velocidades fenomenales con las que se movían locutores y soldados eran imposibles incluso para la época. Cuanto mayor es la posibilidad de contrastar con una variedad de pautas de juicio fiables, menos sugestionable será una persona. Pudimos averiguar que ciertas personas que, en circunstancias más normales, tal vez hubieran mostrado capacidad crítica, se vieron tan abrumadas por su particular situación de escucha que su mejor juicio quedó en suspenso. Esto indica que una estructuración altamente consistente del mundo del estímulo externo puede ser experimentada, a veces, con suficiente intensidad, debido a sus implicaciones personales, como para inhibir la acción de estructuraciones internas o pautas de juicio generalmente aplicables. Otras personas que normalmente pudieron haber mostrado capacidad crítica dejaron de hacerlo en tal situación porque sus propias inseguridades emocionales y ansiedades las hacían susceptibles a la sugestión al ser enfrentadas a unas circunstancias personalmente peligrosas. En estos casos, en lo referente a la conducta la consecuencia es la misma que para aquella persona que carece totalmente de pautas de juicio, pero los procesos psicológicos subyacentes en la conducta son diferentes.

Una cuarta condición de sugestionabilidad es la resultante cuando a un individuo no sólo le faltan pautas de juicio por medio de las cuales orientarse, sino incluso el conocimiento de que hay otras interpretaciones posibles, aparte la presentada en primer lugar. Es el individuo que acepta como verdad todo lo que oye o lee sin pensar siquiera en compararlo con otras informaciones.

¿Por qué una conducta tan extrema?

Admitiendo que ciertas personas creyesen verídica la emisión, ¿por qué se mostraron tan histéricas? ¿Por qué rezaron, telefonearon a familiares, condujeron a velocidades peligrosas, lloraron, despertaron a niños dormidos, o se dieron a la fuga? Entre todas las posibles modalidades de reacción, ¿por qué destacaron estas pautas? La respuesta obvia es que se trataba de un asunto grave. Como en todo pánico, el individuo juzgó en peligro su bienestar, su seguridad o su vida. La situación constituía para él una amenaza real, y conviene examinar, aunque sea brevemente, lo que para un individuo representa amenaza personal.

Cuando un individuo cree que una situación le amenaza, lo hace en el sentido de que no sólo amenaza a su integridad física, sino también a todas aquellas cosas y personas a las que él contempla en cierto modo como parte suya. Este ego de un individuo está compuesto esencialmente de diversos valores sociales y personales que él ha aceptado. Él se siente amenazado si sus inversiones son amenazadas, él se siente insultado si son insultados sus hijos o sus padres, y él se siente satisfecho si el equipo de fútbol de su universidad gana una copa. Para ciertos individuos, esto implica un marco que incluye amplios ideales y ambiciones, y ellos se sentirán trastornados si una raza es víctima de persecución en un país distante porque esta persecución es contraria a su ideal de la justicia humana y la democracia; ellos se sentirán halagados si alguien admira una idea suya o un cuadro que acaban de pintar.

Se produce un pánico cuando un valor altamente estimado y generalmente aceptado se ve amenazado, y cuando no hay a la vista ninguna eliminación segura de la amenaza. El individuo presiente que se verá arruinado, física, financiera o socialmente. La invasión de los marcianos era una amenaza directa contra la vida, contra otras vidas queridas, así como contra todos los demás valores estimados. Los marcianos lo estaban destruyendo prácti-

camente todo. Por consiguiente, la situación era muy grave; y la frustración surgió cuando no parecía posible ninguna otra clase de conducta dirigida. Cada uno se veía enfrentado a la alternativa entre resignarse a su completa aniquilación, junto con la de todos sus valores, o hacer un esfuerzo desesperado para escapar de la zona de peligro, o bien apelar a algún poder más alto o persona más fuerte a los que vagamente se les supusiera una posibilidad de destruir al enemigo que se aproximaba.

Si uno daba por supuesto que la destrucción era inevitable, entonces era posible alguna que otra conducta limitada: podía llorar, ponerse en manos de su Hacedor, reunir a sus seres queridos y perecer. Si se optaba por la fuga, cabía correr hasta la casa de unos amigos, alejarse en coche o tren, o bien ocultarse en algún refugio apartado y a prueba de gases y de bombas. Si uno todavía creía que algo o alguien podía rechazar al enemigo, podía apelar a Dios o buscar la protección de aquellos que en el pasado le habían protegido. Objetivamente, ninguna de estas modalidades de conducta era un ataque directo contra el problema en cuestión, y nada se hacía para eliminar la causa de la crisis. En un pánico, la conducta suele carecer de toda dirección y, con respecto a la situación en cuestión, es funcionalmente inútil.

Para resumir, la conducta extrema suscitada por la emisión radiofónica se debió a la enorme implicación del ego en la situación creada, así como a la total incapacidad del individuo para aliviar o controlar las consecuencias de la invasión. La llegada de los marcianos no presentaba una situación en la que el individuo pudiera conservar un valor si sacrificaba otro. No se trataba de salvar la patria dando por ella la vida, de propulsar una nueva religión mediante el sacrificio, o de arriesgarse a recibir el balazo del ladrón para salvar las joyas de la familia. En esta situación, el individuo se enfrentaba a la pérdida simultánea de todos sus valores. Nada podía hacerse para salvar alguno de ellos. El pánico era insoslayable. La falsa pauta de juicio utilizada por el individuo para interpretar la emisión transmitida por la radio no fue, en sí misma, la

causa motivacional de la conducta, pero en cambio fue absolutamente esencial en lo que se refiere a suscitar las necesidades y valores a los que cabe considerar como las fuentes originarias de las acciones que tuvieron lugar. Una falsa pauta de juicio provocada por la emisión y que causara trastorno en el individuo tenía sus raíces en valores que formaban parte de su ego.